

TRES DÍAS EN EL EXTRANJERO PARA L’ORÉAL

Cuando aquella mañana vino a recogerme al pie de mi edificio era muy temprano — era su manera de trabajar. Siempre decía que la mañana tiene el oro en la boca, y que lo que hagas, lo que produzcas entonces, no se puede repetir por la tarde. Eran las 5:30. Me dijo, medio en broma, que me llevara el pasaporte, y yo le repliqué que me dijera de una vez adónde demonios íbamos en realidad.

Sicilia es parte de Italia, dije, para eso no hace falta pasaporte — pero él se rio y dijo: para alguien como tú, acostumbrado a la provincia, a los pueblos pequeños, a este tipo de zona — si te perdieras en una ciudad como Catania, un millón de habitantes, por lo menos sabrían de dónde eres y te mandarían a casa.

Ja ja ja ja ja ja ja.

Era su manera de decir: buenos días, Nando, aquí estoy, y sé que no eres ningún trotamundos.

Llegamos al ferri, y me miró de arriba abajo. Me había comprado un traje azul para la ocasión, una camisa celeste, una corbata azul, zapatos nuevos que chirriaban, y me sentía seguro con todo el asunto.

Me había afeitado, me había puesto uno de mis clásicos aftershaves de Gillette, llevaba el pelo en orden, el espíritu limpio — iba de verdad bien arreglado. Pero algo me hizo pararme a pensar: sabía que él tenía algo en mente, solo que no sabía qué.

Me agarró del brazo — vamos al bar, primera planta —, me dijo que lo siguiera y, cuando llegamos, me metió directamente en el servicio de caballeros.

Me dijo que me quitara la chaqueta, la corbata, la camisa, que me lavara bien la cara y me deshiciera de aquel maldito aftershave — dijo que era cosa de viejos, que le recordaba al que se ponía su abuelo, tan fuerte que mantenía lejos tanto a los mosquitos como a su abuela.

Me dio un pañuelo ascot para sustituir la corbata y un pañuelo de bolsillo para la chaqueta. Luego me quitó el Casio recién estrenado, el de la calculadora incorporada, y me dio un reloj recién sacado de su caja — un Omega Seamaster, caja de acero —, me dijo que lo llevara en la muñeca derecha y me deslizó en la otra una pulsera de un blanco plateado.

Pensé que ahí acababa la cosa, pero entonces sacó del bolsillo un frasquito de perfume francés, pour femme, y me ungió con él.

Eso es un perfume de mujer, Giorgio, ¿qué demonios haces?

Me cortó y dijo: los hombres y las mujeres llevan a menudo fragancias hechas para el sexo opuesto, no por cómo huelen, sino por lo que están pensadas para conseguir. No te preocupes, ya lo entenderás — tú fíate de mí en esto.

Pero ya no sé si vamos a trabajar o si te has buscado una excusa para irte detrás de las mujeres sin decírmelo — tú avísame.

Sonrió y dijo: vamos a trabajar, no vamos detrás de las mujeres — pero sí hay una mujer en particular a cuyo nombre debemos respeto, y no lo olvides nunca: se llama la tía L’Oréal.

Era hora de bajar del ferri, de desembarcar en Sicilia — aunque nadie nos pidió nunca el pasaporte. Las calles estaban limpias, y la gente hablaba usando el formal “Lei”, mientras que en casa, en Calabria, usábamos siempre el viejo “Voi”. Aquella fue la primera diferencia, mi primera lección: estábamos de verdad en el extranjero.

Ferdinando